

occidental, lo mismo que el estudio de la fauna que les rodeaba, comparada con la fauna actual, sólo hace remontar el origen de los europeos á algunos miles de años: exactamente lo mismo que enseña la historia.

«Si creemos á algunos sabios, dice Bertrand, la *edad de las cavernas* ha durado, no centenares, sino miles de años, y representa, de una manera general, la primera fase del desenvolvimiento de la humanidad. *Eso son meras hipótesis. Nada hay que pruebe que el trogloditismo haya sido, ni aun en las edades primitivas, otra cosa que una excepción.*

»Algunos filósofos teóricos han pretendido que el hombre había sido en todas partes condenado á pasar sucesivamente, y como por una ley de su propia naturaleza, del estado de cazador nómada al de pastor, luego al de agricultor. *Hasta aquí los hechos desmienten tales teorías, al menos respecto á la Europa.*¹

¹ Arqueol. céltica y gala. Paris 1876. Prefacio.



XIV.

REVELACIONES DE UN BISTURÍ.

El darwinista Beltran
Quiso dar una lección,
Haciendo la disección
De un difunto orangután.
Empuña con mucho afán
El bisturi y escalpelo,
Y entre el cuerpo de su abuelo
Y el de un hombre bien nacido
Halló el mismo parecido
Que entre un burro y un mochuelo.

AUNQUE hemos dicho que no trataríamos la cuestión del transformismo desde el punto de vista de la anatomía, embriología y osteología comparadas, donde, según piensan los

evolucionistas, se encuentran las pruebas más concluyentes de la transformación sucesiva de los seres organizados, haremos, no obstante, algunas observaciones acerca de la primera de las indicadas ciencias; no sea que acaso crean que el no tratar de estas materias reconozca por causa la imposibilidad de escribir algo satisfactorio en confirmación de nuestra tesis.

Dejando, pues, á un lado lo relativo á la embriología, omisión que nuestros lectores sabrán disimular; pues no parece bien que una señora trate de esas cuestiones, donde por necesidad hay que hablar de ciertos órganos innombrables, probaremos, con el escalpelo en la mano, que tanto tiene que ver el hombre con el mono, como por los cerros de Úbeda. Mas como por otra parte algunos darwinistas, entre ellos el autor del libro que ha sido ocasión de estos artículos, confiesan que, en efecto, ni el mono es hombre, ni el hombre mono, aunque de esto último habría

mucho que hablar, probaremos también que no sólo no lo es en la actualidad, sino que además es imposible que descienda de él ni de ningún otro bruto.

Los argumentos de los darwinistas son muy originales en esta materia de la anatomía comparada, como en todas, según se ha visto en los precedentes artículos.

Así dicen: El mono, sobre todo el perteneciente á las categorías superiores, gorila, chimpancé y orangután, tiene los mismos órganos y los mismos miembros que el hombre; luego es su padre.

Sobre ser falso el antecedente de la expuesta argumentación, según veremos, también es falsa la consecuencia; porque ese raciocinio podría repetirse respecto de casi todos los vertebrados, la mayor parte de los cuales no los coloca Haeckel, discípulo predilecto de Darwin, entre sus ascendientes. Y así podríamos argüir: La zorra está dotada de los mismos órganos que un darwinista, luego es su madre.

Sin necesidad de recurrir á la sección del cuerpo humano y al de cualquier especie de mono, aunque sea el más perfecto, basta poner uno enfrente de otro, para convencerse de la inmensa distancia que hay entre los dos organismos; y sólo una filosofía brutal ha podido confundir dos seres, entre cuyos cuerpos hay un abismo, que se ve sin necesidad de antiparras.

Lo que conoció toda la humanidad, aun la destituida de luces superiores, lo ignoran estos modernos *sabios* cuya sabiduría consiste en disparatar á más y mejor.

Un poeta gentil había expresado el pensamiento de la humanidad en estos bellísimos versos:

*Os homini sublime dedit, coelumque tueri
Fussit, et erectos ad sidera tollere vultus* ¹.

Y en efecto, es tal la posición que dió la naturaleza al hombre, que no puede menos de andar con la cabeza

¹ Ovidio.

erguida, mirando al cielo, su patria, mientras que todos los demás representantes de la vida animal, constantemente tienden á la posición horizontal; como que su destino no pasa de los límites del tiempo, ni se levanta por cima de la tierra.

Sin necesidad de anatomías, se ve esta inmensa diferencia entre el hombre más salvaje y mono más civilizado y de organismo más perfecto.

Pero viene luego la comparación de los cuerpos humano y bruto, y esta comparación anatómica demuestra al más preocupado que el hombre se hizo para andar mirando al cielo, y el mono para arrastrarse por la tierra, ó trepar por los árboles, sin que el primero pueda jamás acostumbrarse á andar en cuatro pies, ni el segundo en dos manos.

La razón de esta diferencia la expone Santo Tomás con la lucidez que acostumbra, cuando dice: ¹ «Por cuatro

¹ 1. p. q. 91, art. 3. ad 3.

motivos fué conveniente al hombre tener la estación recta. Primero, porque los sentidos han sido dados al hombre, no sólo para procurarse las cosas necesarias á la vida, como acontece á los demás animales, sino también para adquirir conocimiento de los objetos. De donde nace que, mientras los demás animales no reciben deleite de las cosas sensibles, sino cuando estas contribuyen á la satisfacción de sus necesidades corporales y del apetito venéreo, solo el hombre se deleita en la hermosura de ellas por sí mismas y por su mérito intrínseco. Y porque los sentidos ostentan su vigor principalmente en la cara, ésta en los brutos se halla vuelta hacia la tierra, como para ayudarles á buscar la comida y á procurarse el sustento: mas el hombre la tiene levantada para que por medio de los sentidos, principalmente el de la vista, que es más sutil y el que nos presenta mayor variedad de objetos, pueda expeditamente conocer por todas partes las co-

sas sensibles, así las del cielo como las de la tierra, y colija de todas ellas la verdad inteligible.

»En segundo lugar, le es conveniente esta posición, para que las fuerzas interiores ejerzan con más libertad sus operaciones, hallándose el cerebro, donde en cierta manera se ejecutan, no deprimido, sino levantado sobre todas las otras partes del cuerpo.

»La tercera razón es, porque si el hombre tuviera su estación al modo de los cuadrúpedos, las manos le deberían servir de pies delanteros; y así no podrían servir de utilidad alguna para los trabajos mecánicos.

»La cuarta, finalmente, consiste en que, teniendo la posición inclinada, y sirviéndose de las manos para el oficio de los pies, se vería precisado á tomar la comida con la boca: por lo mismo debiera ésta ser oblonga, con labios duros y gruesos y con una lengua de esta misma clase, para que no recibiese lesión de las cosas externas, como se

ve en los otros animales. Y con esta disposición quedaría impedida el habla que es propia y exclusiva de la razón».

Hemos querido copiar este largo razonamiento de Santo Tomás, para que en él se viera el pensamiento de la filosofía cristiana acerca de la cuestión presente, por más que los darwinistas no se hacen caso de ella, y explican estas diferencias por medio de la *adaptación y caracterización permanente*. Por lo cual, en más de una ocasión nos repite el autor del libro que impugnamos, que bien sabe él y todos los defensores del trasformismo, que ni el hombre *actual* es mono, ni el mono *actual* hombre, y que no se trata de eso.

Tampoco nosotros pretendemos demostrar que el mono no sea hombre ni viceversa; sino de probar que el hombre no desciende á la corta ni á la larga de ningún antropóideo; ó valiéndonos de la frase de un famoso trasformista, lo que intentamos probar, y probamos de

hecho, es que el hombre no es un mono *regenerado*, sino un Adán *degenerado*.

Y la prueba palpable de este aserto es la configuración del cuerpo del hombre comparada con la del mono, aunque sea el más perfecto. Así lo enseña la filosofía, y, lo que es más para los darwinistas, también la *ciencia*; siendo por consiguiente ridícula en alto grado la evasiva de estos señores, cuando apelan á la *caracterización y adaptación*, por decir algo.

Que así sea, nos lo demuestra Quatrefages, cuya autoridad en la materia no es dado negar. Oigámosle:

«En la teoría de Darwin las trasformaciones no se efectúan como quiera y en todos sentidos, sino que son impedidas por ciertas necesidades que lleva consigo la organización misma. Una vez modificado el organismo en un sentido determinado, podrá muy bien sufrir trasformaciones secundarias, terciarias, etc., pero nunca dejará de conservar los rasgos del tipo original. Esta es

la ley de *caracterización permanente*, única que permite á Darwin dar cuenta de la filiación de los grupos de su caracterización. Y de sus relaciones múltiples. En virtud de esta ley es como *todos* los descendientes del primer molusco han sido moluscos, y vertebrados *todos* los descendientes del primer vertebrado. Ya se ve que ella constituye uno de los fundamentos de la doctrina.

»Síguese de aquí, que dos seres pertenecientes á dos tipos distintos, pueden muy bien retroceder hasta un *antepasado común*, cuyos caracteres no estaban todavía bien definidos, pero no descender el uno del otro. Ahora bien: el hombre y los monos, en general, presentan *desde el punto de vista del tipo*, un contraste muy marcado. Los órganos que los constituyen se corresponden, como ya lo dejamos indicado, casi rigurosamente término por término. Mas estos órganos se hallan dispuestos conforme á un plan muy diferente. En el hombre, su coordinación es tal, que

de ella *resulta por fuerza un andador*. Y la del mono *produce necesariamente un trepador*.

»Esta es una disposición anatómica y mecánica que habían puesto ya muy de relieve, en orden á los monos, los trabajos de Viecq d'Azyr, de Lawrence, de Serres y de otros. Los estudios de Duvernoy sobre el gorilla y los de Gratiolet y de M. Alix sobre el chimpancé, han puesto fuera de duda la conveniencia absoluta de los antropomorfos en este carácter fundamental. Basta por otra parte poner los ojos en el grabado presentado por Huxley, donde figuran los esqueletos de los monos más perfectos, al lado del esqueleto del hombre, para convencerse de esta verdad.

»La consecuencia de estos hechos, en orden á la aplicación lógica de la ley de *caracterización permanente*, es que el hombre no puede descender de un antepasado caracterizado ya como mono, sea este un catarrino con cola ó sin

ella. *Un animal* ANDADOR *no puede descender de un* TREPADOR. Esto lo ha entendido muy bien Vogt, quien colocando al hombre en el número de los *primates*, no duda en afirmar que los monos más inferiores han pasado más allá del jalón, de donde han salido con dirección divergente los diversos tipos de esta familia» ¹.

¿Qué dicen á esto los darwinistas, tan entusiastas de la ciencia? ¿Nada? No, porque dicen menos que nada, diciendo una tontería como todas las suyas.

Aseguran muy serios que, si el hombre anda en dos pies, es porque quiere y cuando quiere; y que si el mono anda sobre sus cuatro patas, es porque le da la gana; ya que también es aficionado á caminar en dos, como el hombre suele andar en cuatro cuando es niño.

Esta respuesta es parecida en lo ridículo á la que dan los trasformistas cuando se les pregunta: ¿por qué siendo

¹ *L'espece humaine*, Chap. XI. Paris, 1880.

nuestros padres, los monos, tan peludos, nacemos los hombres tan pelones? Dicen muy serios,—porque en efecto lo son,—que nuestros antepasados, mejor dicho los suyos, acostumbraron á acostarse de espaldas y refregarse contra el suelo; con lo cual no podía menos de pelárseles el espinazo, como á un borrico amatado. Siguiendo la costumbre de padres á hijos, llegó un momento en que todos los descendientes nacían con el lomo pelado: mas como esto de estar á medios pelos era muy grotesco y poco artístico, porque parecían aquellos seres, los primeros de la creación en aquel tiempo, unos bichos sarnosos, se encargó la *selección* de ir pelando el resto del cuerpo, hasta que aparecimos nosotros sin sacar más cabello que el de la cabeza; y no dudamos que desaparecerá también con el tiempo, llegando á ser la parte superior de nuestro cuerpo una perfecta calabaza. Sólo así puede explicarse la prodigiosa multitud de los calvos.

No se crea que nos burlamos; porque la anterior explicación está tomada casi al pie de la letra de la *Revista científica* del 31 de Enero de 1880.

Estos darwinistas han tomado por lo serio la fábula de La Fontaine, donde cuenta que un hombre entre mozo y viejo, y por lo mismo medio cano, hacía el amor á dos viudas, una joven y otra ya entrada en días, las cuales, deseando que su amado se pareciese á ellas en el pelo,

La vieja por su parte le arrancaba
 Los pocos pelos negros que tenía;
 La joven á su vez solo quitaba
 Las canas á su amor, y en la porfía
 Tanto pelo una y otra le arrancaron,
 Que calvo le dejaron.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Los niños andan á *gatas*, pero nunca en cuatro pies; y desafiamos al darwinista más majó á que haga la experiencia y verá cómo le es imposible sostenerse por algunos pocos minutos sobre sus cuatro extremidades, siempre que no se apoye en las rodillas.

Conocí yo en mis buenos tiempos un antiguo Dómine, el cual debía ser sin duda darwinista, ó al menos conservar alguna reminiscencia de pasadas edades, porque su castigo favorito era poner á los discípulos, cuando hacían alguna travesura, en *veinte uñas*. El tormento era atroz, y á los pocos segundos el infeliz que lo sufría rodaba por el suelo, sin que le fuera posible conservar aquella posición antinatural. Haga la experiencia quien quisiere y verá si hay exageración.

La razón de esto se halla en la misma estructura humana, como en la estructura del cuerpo del mono se halla igualmente la de que este ande en cuatro pies, como todos los cuadrúpedos, y sólo con mucho trabajo en dos, y por poco tiempo; lo cual no es exclusivo de ese tipo, porque también los osos y los perros y gatos domesticados suelen hacer esas habilidades.

Si preguntamos la explicación de estos fenómenos al bisturí, nos la dará

satisfactoria, al presentarnos en pocas secciones la diferente estructura del cuerpo del hombre y del mono.

Así empezando por la parte superior, por la cabeza, sabemos que siendo mucho más pesada en el hombre que en sus pretendidos ascendientes, atendida la masa de todo el cuerpo, por la mayor cantidad de la encefálica encerrada dentro de su cráneo, no podría ésta sostenerse con facilidad en el sentido horizontal, sin un poderoso cordón cervical que la ligara estrechamente al cuello. Pero sucede que este cordón, tan fuerte en todos los cuadrúpedos, sin excluir los antropomorfos, es casi nulo en el hombre. De aquí el cansancio que pronto se experimenta cuando nuestra cabeza no está colocada verticalmente sobre las vértebras del cuello.

Por eso el autor sapientísimo de esta máquina admirable, que llamamos cuerpo animal, dispuso que la cabeza humana estuviera unida á la columna

dorsal, poco más ó menos, por la mitad de su base, mientras que en los monos solamente se une á dicha columna por uno de los extremos; dándose con esto á entender que nuestra cabeza en relación con el tronco pide la posición vertical, al contrario de lo que ocurre entre el tronco y la cabeza de los cuadrumanos, cuya disposición anatómica exige la estación horizontal.

Además de esto, la conformación del bacinete y de los muslos en ambas especies nos manifiesta claramente la misma verdad que acabamos de ver probada con la consideración de la cabeza en su enlace con el tronco.

El bacinete en el hombre, ancho y sólidamente construído, al paso que sirve de apoyo seguro á la columna vertebral, permite á las piernas ensancharse convenientemente, para que la base de sustentación sea mayor, hallándose los pies separados uno de otro, y quedando las piernas perpendiculares al horizonte, pueden servir, y de hecho

sirven, como columnas que sostienen todo el cuerpo.

El fémur se halla de tal suerte encajado en la cavidad iliaca, que puede moverse libremente en varios sentidos, para sustentar en diferentes posiciones el peso del cuerpo, sin que por eso se corra ordinariamente peligro ninguno de dislocación, porque las ligaduras que le tienen amarrado, son fortísimas, y todo está perfectamente dispuesto para la estación bípeda, según puede verse con más extension en Zimmerman ¹ citando las observaciones de Weber.

En los cuadrumanos sucede todo lo contrario, porque en ellos el bacinete es estrecho y oblicuo, no dirigiendo hacia el suelo las cavidades iliacas, sino cuando el espinazo del animal se halla en el sentido del horizonte; prueba evidente de que esta es en ellos la posición exigida por la naturaleza de su organismo.

¹ *L' homme.*

Concluiremos estas observaciones con las relativas á la estructura de las extremidades de los seres, cuyo parentesco próximo se quiere neciamente establecer.

Respecto al hombre, he aquí lo que ha escrito Godron, cuya autoridad es seguramente irrefragable, ya se atienda á sus conocimientos en la materia, ya se considere la conformidad de lo que dice con las observaciones que puede hacer cualquiera, tomando en la mano un bisturí.

«En el hombre, escribe ¹, el pie es ancho, la pierna cae perpendicularmente sobre él, el talón es abultado en su parte inferior, y los huesos del tarso y del metatarso, forman una especie de bóveda que protege contra la compresión de los músculos de la planta del pie; los dedos son cortos y con movimientos muy limitados; el pulgar,

¹ *De l' espèce et des races etc.* T. 3. L. 3, chap. 1. Paris, 1882.

más grueso que los otros, está colocado sobre el mismo plano de los demás y no les es oponible. Este pie, por consiguiente, está admirablemente construído para recibir sobre sí el peso del cuerpo, pero no puede servir ni para agarrar las cosas ni para trepar. No se parece nada á las extremidades superiores, que son las manos, instrumentos perfectos de aprehensión pero no de locomoción. Por tanto, el hombre debe sostenerse sobre sus dos pies únicamente, conservando así la libertad entera de sus manos, instrumentos admirables por la extensión, por la variedad y precisión de sus movimientos; los cuales se hallan de esta manera perfectamente ordenados al servicio de la inteligencia.»

Muy otra es la estructura de las extremidades de los monos, tanto de las torácicas como de las abdominales, por ser muy distinto el uso para el cual fueron formadas.

La pata del orangután no cae per-

pendicularmente sobre la base de su mano posterior, sino con oblicuidad; así es que el animal no pisa el suelo con la planta, cuando quiere imitar el andar del hombre, sino que le pisa con el borde exterior. El pulgar, tan no está en el mismo plano de los otros dedos, que forma con ellos un ángulo casi recto, y no toca al suelo, cuando el bicho quiere ponerse de pie sobre sus patas traseras.

Muy parecida es la configuración de las manos posteriores, ó pies, en el gorila y chimpancé, y en ambos se nota también la dificultad que experimentan de andar en forma humana. Lo que cuentan de este animal algunos naturalistas está terminantemente desmentido por el inglés Chaillu ¹, quien de intento se fué al Africa para poder estudiarle.

No queremos continuar por hoy

¹ Exploraciones y aventuras en el Africa ecuatorial. Londres, 1861.

nuestros estudios anatómicos, pues bastan y sobran las apuntadas indicaciones, para que se vea que eso de la tan socorrida *adaptación* de los trasformistas sólo es á propósito para entretener viejas y acallantar niños.



XV.

LAS CALAVERAS.

De un mono la calavera
Cierto incrédulo estudiaba;
Con la del hombre buscaba
Semejanza verdadera.

Las dos pone en su chistera
Y sale diciendo ufano:
Del simio al género humano
No hallo gran distancia yo.
Y un chusco le contestó:
Como entre usted y un hermano.

Los defensores del origen simiaco del hombre, no bastándoles la consideración de las patas de los que llaman con orgullo sus antepasados, ni viendo en la gallarda apostura de los